

La soberanía del productor. Industrias alimentarias y modelo de consumo fordista en España: 1960-1975 .

Ernesto Clar.

1. Introducción: un esbozo del modelo fordista agroalimentario.

Son diversos los autores que han bautizado como fordista el modelo agroalimentario procedente de los EEUU y que se extendería por el mundo occidental durante la segunda posguerra mundial (cfr. Goodman y Redclift; Friedman,; Kloppenburg). Este modelo toma como ejemplo lo sucedido en la industria de bienes de consumo duradero y lo traspone al campo de la alimentación, aplicándolo tanto en la vertiente productiva como en la de consumo. Las ganancias logradas en productividad, merced sobre todo a los avances en genética y nutrición animal, se combinaron dentro de un proceso cada vez más industrial con el aumento de la capacidad adquisitiva de los consumidores, rebajando el coste de unos productos, anteriormente de lujo, para convertirlos en artículos de consumo masivo.

El modelo agroalimentario fordista surge en la década de los años treinta del siglo XX en los EEUU. Berlan (1991) describe el proceso norteamericano como un antecedente de lo sucedido en la agricultura europea tras la segunda guerra mundial. La intensa capitalización del cereal habría liberado tierra y generado excedentes de grano, permitiendo sortear la restricción básica impuesta por la disyuntiva entre alimentación humana o pienso para los animales. La transformación de grano en carne habría tenido al maíz como principal agente, obtenido mediante hibridación en un proceso investigador financiado con fondos públicos, cuyo otro puntal básico sería la soja. Vinculada desde el primer momento a la producción intensiva de pollos, también híbridos, el haba de soja fue el primer producto que conoció procesos de integración vertical entre industrias del pienso y agricultores ya en 1928.

El desarrollo temprano del cereal pienso y la soja en los EEUU condujo a un abaratamiento del coste de las proteínas animales que disparó su consumo en el interior del país. Sin embargo, pronto los sectores mencionados comenzaron a cargar con excedentes de producción que obligaron a volver la vista a los mercados extranjeros. La recuperación de los países de Europa Occidental y Japón en los años cincuenta fue aprovechada por los lobbys norteamericanos del cereal y la soja para, con la ayuda del gobierno norteamericano, introducir sus excedentes en forma de programas de ayuda. De este modo, aprovechando los mercados en expansión consecuencia de la época dorada del capitalismo, las corporaciones norteamericanas introdujeron en occidente el modelo de consumo fordista norteamericano, basado en un intenso consumo de proteínas animales, a partir de modelos ganaderos intensivos alimentados con piensos importados de los EEUU, e integrados verticalmente con ganaderos nacionales. Todo ello variaría radicalmente las dietas de los países occidentales, al menos hasta los años setenta cuando este modelo agroalimentario entraría en crisis (cfr. Goodman y Redclift y Friedman)

El presente trabajo se propone analizar el impacto que tuvo en la dieta española la implantación del modelo fordista, analizando el desarrollo en España de las industrias alimentarias relacionadas, la influencia que en ellas tuvo la internacionalización del complejo pienso-ganadero, así como el papel que tuvo la variable institucional en dicho proceso, prestando especial atención al quehacer de la administración franquista.

2. La variación en la dieta española entre 1961 y 1975. Peculiaridades comparadas.

Durante la década de 1960 la dieta de los españoles experimentó una serie de cambios que han sido interpretados reiteradamente como una consecuencia directa del empuje de la demanda derivado del progreso en los niveles de renta y la gran expansión urbana que siguió al éxodo rural masivo. Si bien algunas de estas variaciones ya se esbozaron durante el primer tercio del siglo XX, el freno radical introducido por la guerra civil y la posguerra convirtieron a la etapa desarrollista en el momento en que la convergencia del consumo de alimentos español con los patrones desarrollados fue más intensa. En concreto, se produjo una diversificación en la dieta que siguió los dos pilares básicos del estándar europeo definido por Lamartine Yates (1960: 40):

menor proporción de las calorías aportadas por el pan y las patatas, y mayor participación de las proteínas animales, dentro de una menor elasticidad demanda para el conjunto de los alimentos a medida que progresaba la capacidad adquisitiva de los consumidores.

Todavía a la altura de mediados de los años cincuenta, la estructura alimenticia española seguía siendo muy mediterránea, con fuerte presencia de cereales, frutas y hortalizas, frente a un escaso peso de los productos ganaderos. No habiendo recuperado siquiera los niveles de consumo por habitante de preguerra, la alimentación española se podía calificar de “atrasada”, si bien comenzaba ya a seguir tendencias propias de países más desarrollados. Especialmente bajo seguía siendo el consumo medio de carne, que en 1957-58 aún quedaba por debajo del de los años treinta; a este respecto, cabría matizar que la ingestión urbana de carne sí había superado el previo a la guerra civil, pero en términos comparados la ingestión cárnica conjunta se situaba por detrás debajo de países y zonas geográficas del mundo con un menor grado de desarrollo que el español. Algo similar puede aplicarse a la leche, cuyos bajos niveles de consumo forzaron una planificación administrativa del sector, incluyendo acuerdos con organismos internacionales como UNICEF (Tomás García, 1957, p. 8; García Barbancho, 1960, pp. 91-93; Lamartine Yates, p. 38; Domínguez, 2001, pp. 54-55).

Sin embargo, no todos los productos ganaderos presentaron tan débil comportamiento, ya que la carne de cerdo y muy especialmente los huevos de gallina gozaron de un relativo éxito. Ambas producciones se beneficiaron de una difusión más temprana de sistemas industriales con base genética y alimenticia importada, expandiendo su mercado. La importación de gallinas ponedoras selectas en la segunda mitad de la década de 1950 disparó la producción en el caso de los huevos con un fuerte ritmo de incremento anual (Domínguez, 2001, p. 57). Ello se tradujo en un crecimiento del consumo de huevos que situó en apenas quince años a España en niveles superiores a países de su entorno tradicionalmente mucho más consumidores que ella (Cuadro 1). Teniendo en cuenta que semejante expansión en el consumo no se hizo extensivo a otros productos ganaderos como la carne o la leche, cuyo desarrollo industrial a gran escala fue algo posterior, cabe pensar que la fuerte ingestión de huevos posterior a 1955 se debió a algo más que al progreso en la renta¹.

Cuadro 1. Consumo de huevos en España.

| Kgs cons / hab / año | | | | |
|-----------------------------|-------------|----------------|----------------|----------------|
| Huevos | 1935 | 1951-52 | 1961-62 | 1971-72 |
| España | 4,9 | 4,7 | 10 | 13,5 |
| España / Francia | 54,4% | 42,7% | 78,3% | 115,3% |
| España / Italia | 67,1% | 68,1% | 91,2% | 132,4% |

Fuente: 1935, Lamartine Yeats (1960, cuadro 2.4) y después FAO.

Una vez superados los cincuenta, y tomando como referencia también en la variación del consumo alimentario en España los cambios económicos que siguieron al Plan de Estabilización de 1959, el aumento sostenido e intenso del consumo privado de los españoles, desde entonces y hasta los primeros años setenta, incluyó también una reestructuración profunda del gasto alimentario. El efecto de la ley de Engel en el caso español asoció también los progresos sucesivos en la renta per cápita con una preferencia por alimentos de calidad y con una elasticidad renta superior. Al respecto, la dieta española se sumó al proceso de convergencia europea con el modelo alimenticio norteamericano, en el que tanto como su fuerte consumo de calorías (superior a las 3000 por habitante y día) destacaba el gran peso de las proteínas animales (Peinado, 1985, p. 38). La mejora sustancial en los ingresos por habitante entre 1960 y 1973, como ocurriera en la práctica totalidad de los países de Europa occidental, supuso una

¹ Hay que tener en cuenta que los huevos gozaban de una demanda “hipersensible a las variaciones de los precios” (Domínguez, *ibid*, p. 59). En este sentido, la rebaja de costes de producción y, por ende, de los precios del consumidor resultaba un elemento más crucial que en otros casos para expandir la demanda.

diversificación en la dieta española en el que productos superiores como las aves de corral, las frutas, la leche o el azúcar serían sus protagonistas, siguiendo así la tendencia general observada por Lamartine Yates (1960: 24). Una transformación alimenticia rápida, si bien no completada hasta los años setenta cuando en la mayor parte de Europa occidental la transición nutricional ya se habría materializado en la propia década de 1960 (Grigg, 1995: 256-257).

En realidad lo sucedido en el interior de la dieta española durante los años sesenta merece muy bien la calificación de etapa transitoria si nos fijamos en una serie de aspectos destacados de su evolución. Sin embargo, esos mismos rasgos no son tan observables en otros países mediterráneos que, como Portugal, también estaban atravesando entonces una fase intermedia, lo que dota al caso español de una cierta peculiaridad. Basta seguir la dinámica del número de calorías consumidas entre 1960 y 1970 para apreciar un estancamiento en el caso español, tanto en las cifras de la FAO como las propias estimaciones españolas de la época (Ardura, 1973:104), sólo observable en países más desarrollados que, como Francia, habían rebasado ampliamente las 3000 calorías diarias por habitante y día, cifra que no había alcanzado todavía España a principios de los años setenta² (Cuadro 2). Teniendo en cuenta que el techo de la ingestión calórica se situó en los países desarrollados por encima de las 3000 calorías, y que la propia evolución española confirmó tal extremo desde mediados de los años setenta (cuando Portugal ya lo había hecho a finales de los años sesenta), el freno en el aporte de calorías en España no pudo deberse a una cierta saturación en el consumo de alimentos como sí ocurrió en los casos de naciones con un mayor grado de desarrollo.

Cuadro 2. Número de calorías consumidas por habitante al día.

| Calorías / habitante /día | 1961-1962 | 1964-1965 | 1968-1969 | 1971-1972 |
|---------------------------|-----------|-----------|-----------|-----------|
| Portugal | 2518 | 2662 | 3002 | 3021 |
| Italia | 2946 | 3062 | 3276 | 3431 |
| Francia | 3227 | 3235 | 3279 | 3268 |
| España | 2680 | 2672 | 2681 | 2788 |

Fuente: FAO, Faostat, Balance Alimentario.

La razón del estancamiento calórico español residió en un descenso pronunciado del número de calorías vegetales, al tiempo que las calorías de origen animal vivían un impulso muy intenso. Y a su vez la caída vegetal tuvo como responsable principal al trigo, cuya fuerte caída fue capaz de arrastrar al conjunto de los consumos vegetales (Cuadro 3). Siendo el pan el alimento que acaparaba la mayor parte del empleo alimentario del trigo, fue sin duda la rebaja de este consumo la causante del anómalo comportamiento español. Como en el caso general, la evolución española se asemejó más al caso francés que al de Italia o Portugal en los que los consumos vegetales se sostuvieron y el trigo mantuvo una presencia superior en los años sesenta (Cuadro 3).

² El balance alimentario de FAOSTAT calcula una cifra aproximada a las 2800 calorías. Según los datos ministeriales aparecidos en el monográfico dedicado a la economía dentro de la obra “La España de los 70”, el número de calorías no habría variado entre 1960 y 1970 de las 2760.

Cuadro 3. Distribución de las calorías consumidas.

| Calorías vegetales | 1961-1962 | 1964-1965 | 1968-1969 | 1971-1972 |
|---------------------------|------------------|------------------|------------------|------------------|
| Portugal | 2518 | 2290 | 2582 | 2548 |
| Italia | 2481 | 2543 | 2697 | 2764 |
| Francia | 2205 | 2177 | 2130 | 2082 |
| España | 2321 | 2259 | 2176 | 2214 |
| Calorías trigo | 1961-1962 | 1964-1965 | 1968-1969 | 1971-1972 |
| Portugal | 540 | 584 | 641 | 613 |
| Italia | 1167 | 1174 | 1208 | 1227 |
| Francia | 915 | 838 | 794 | 687 |
| España | 1002 | 845 | 785 | 720 |
| Calorías animales | 1961-1962 | 1964-1965 | 1968-1969 | 1971-1972 |
| Portugal | 344 | 372 | 420 | 474 |
| Italia | 465 | 519 | 578 | 668 |
| Francia | 1022 | 1057 | 1150 | 1186 |
| España | 358 | 413 | 505 | 574 |

Fuente: FAO, Faostat, Balance Alimentario.

Otra particularidad relevante en la evolución nutricional española fue el cambio en la distribución de las proteínas. La rebaja continua del número de proteínas vegetales hasta mediados de los setenta (no observada ni en Portugal ni en Italia) contrastó con una fuerte expansión de las proteínas animales³, invirtiendo en pocos años la proporción existente entre ambas (Cuadro 4). Siendo la débil participación de las proteínas animales un rasgo destacado del atraso relativo de la dieta española todavía en los años cincuenta, llama la atención que en apenas una década se igualase la aportación proteínica animal y vegetal, e incluso la primera superase a la segunda ya en 1975. Conectando esta variación con el estancamiento calórico de los años sesenta, puede decirse que España no siguió el patrón desarrollado de cambio nutricional, según el cual, un mejor porcentaje de proteínas animales se vincularía en todos los casos con una mayor aportación calórica, tal y como muestra García Barbancho (1960: 101).

Cuadro 4. Número de proteínas consumidas (en gramos por habitante al día) y porcentaje de proteínas animales sobre el conjunto de proteínas totales.

| | 1961-62 | 1964-65 | 1968-69 | 1971-72 |
|-------------------------------|----------------|----------------|----------------|----------------|
| Proteínas /habit / día | | | | |
| Italia | 81,7 | 86,8 | 93 | 97,6 |
| Portugal | 71,4 | 74,7 | 81,3 | 84,5 |
| España | 79,9 | 78,1 | 82,2 | 85,3 |
| % Proteínas animales | | | | |
| Portugal | 38,2 | 39,6 | 39,4 | 43,4 |
| Italia | 35,7 | 38,5 | 41,2 | 44,5 |
| España | 33,3 | 39,4 | 45,3 | 49 |

Fuente: elaboración propia sobre FAO, Faostat, Balance Alimentario.

Así pues, España vivió un auge rápido e intenso del consumo de alimentos de origen animal, a cambio de un notable descenso de la presencia de los productos más habituales. Ello implicó primar el cambio en la distribución de las proteínas frente a una mejora en las calorías que se retrasó hasta mediados de los años setenta.

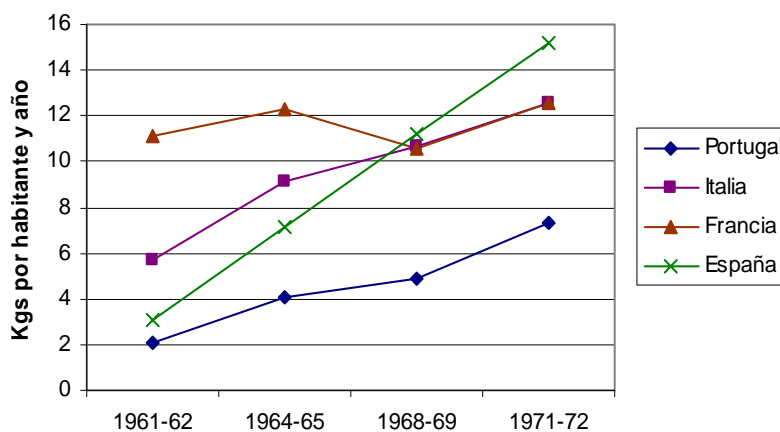
³ Nuevamente los datos nacionales confirman el comportamiento señalado por el Balance Alimentario de la FAO para España. En concreto, el número de proteínas animales habría crecido en un 63,7 % entre 1961 y 1970, pasando de suponer el 29,9 al 44,6 del total de proteínas (Ardura, op. cit., p. 104).

Entre los productos ganaderos, destacó la expansión del consumo lácteo, primer responsable del incremento total en cantidades consumidas entre 1961 y 1972 (28,7%). No siendo España un país tradicionalmente muy consumidor de lácteos (salvo en zonas productoras), el impulso fue de tal magnitud que estos productos acabaron siendo con mucho el principal grupo de alimentos consumido en España a principios de los años ochenta (Moreno, Sarriá y Popkin, 2002: 994).

En las carnes, el consumo de aves de corral supuso casi la mitad del aumento cárnico total entre las dos fechas señaladas, seguido a cierta distancia por el porcino con un crecimiento menor, si bien partía de niveles de ingestión más altos gracias a un desarrollo más temprano. Fueron por tanto las producciones que antes industrializaron sus procesos las que coparon las mayores cuotas de consumo; a la producción de huevos y porcino en los años cincuenta siguió la de pollo en los sesenta, cuya súbita expansión no sólo hizo de este producto la primera carne consumida en España en apenas un decenio, sino que llegó a sobrepasar con creces los niveles de países con una ventaja considerable a comienzos de los sesenta (Gráfico 1). Dada además su relevancia en el aumento proteínico global (29,9 %), el pollo ha de considerarse, junto a la leche (23,3 %), el principal agente de la aproximación dietética española al modelo norteamericano de fuerte presencia de proteínas animales, o si se quiere al “modelo tendencial occidental” caracterizado igualmente por Malassis como un modelo de elevado componente energético y proteínico (cfr. Peinado, 1985: 38).

España, como otros tantos países, vivió un incremento muy apreciable de lo gastado en alimentos ganaderos que, en un contexto de menor crecimiento progresivo del porcentaje del gasto total dedicado a la alimentación (ley de Engel), se combinó con una reducción importante del gasto en los productos más básicos (pan, pastas y cereales suponían el 18,5 % del gasto alimentario en la E.P.F. de 1958, y descendieron al 13,5 en la de 1968). La diferencia española residió en que la reducción de los consumos de cereal a medida que se incorporaban otros productos fue no sólo en términos relativos sino también absolutos, lo que explica su estancamiento calórico hasta que se recuperasen a mediados de los años setenta (Cuadro 5).

Gráfico 1. Dinámica del consumo de aves de corral



Fuente: Elaboración propia sobre FAO, Faostat.

Es por tanto el comportamiento de los consumos vegetales el que justifica por qué la dieta española superó en torno a 1975 y no antes la barrera de las 3000 calorías diarias por habitante. El siguiente cuadro muestra que la mitad del aumento en kilos consumidos entre 1961 y 1975, y (sobre todo) las dos terceras partes del incremento calórico tuvieron detrás al nuevo auge de los consumos vegetales entre principios y mediados de los años setenta. En cambio, los mayores aumentos en productos animales se vivieron ya en los años sesenta, aunque no dejaron de crecer posteriormente.

La explicación del impulso recobrado por los alimentos vegetales vuelve a resaltar el papel del trigo, quien detuvo su caída entre 1971-72 y 1974-75, permitiendo que el efecto positivo de otros vegetales se trasladase al resultado final. La inclusión de otros transformados harineros distintos al pan en la dieta española estuvo sin duda tras la recuperación del consumo de trigo. Del resto de vegetales, fue el aceite de girasol el producto que gozó de un crecimiento más espectacular, suponiendo por sí solo un tercio del aumento en las calorías vegetales entre 1961 y 1975, así como el 34,7 % del incremento en el total de grasas. Al igual que en el pollo, el aceite de girasol pasó en muy poco tiempo de no existir en la dieta española a ser el segundo aceite en importancia, tras el de oliva. Mucho tuvo que ver en ello su pertenencia al mismo complejo agroindustrial pienso-ganadero que incluía a los principales protagonistas del cambio alimentario español entre 1960 y 1975: leche, carne de pollo y carne de cerdo. Dicha pertenencia en los cuatro casos, junto a su relevancia en el aumento global (sobre todo en proteínas y grasas) explica que se hayan recogido juntos en el cuadro número 5.

La repercusión de estos cuatro productos en la evolución alimenticia española se manifiesta inclusive en el largo plazo. Un reciente estudio sobre la transición nutricional española desde 1960 destaca dos tendencias iniciadas entonces que han acabado por separar algo la dieta española del patrón mediterráneo, acercándola a modelos más septentrionales: por un lado un consumo muy elevado de lácteos y frutas, y por otro un superior nivel energético, consecuencia de un elevado consumo de grasas (Moreno, Sarriá y Popkin, 2002: 1001).

Cuadro 5. Aumento del consumo de alimentos en España: 1960-1975.

| | I. 1961-1962 a 1974-1975 | | | | II. 1961-1962 a 1971-1972 | | | | 1971-1972 a 1974-1975 / I | | | |
|--------------------|--------------------------|--------|--------|--------|---------------------------|--------|--------|--------|---------------------------|---------------|---------------|--------------|
| | Kilogr | Calor. | Prot. | Grasas | Kilogr | Calor. | Prot. | Grasas | Kilogr | Calor. | Prot. | Grasas |
| 0. Total | 186,3 | 328 | 13,1 | 32 | 91,7 | 108 | 5,4 | 21,5 | 50,8% | 67,1% | 58,8% | 32,8% |
| 1. Vegetales | 77,6 | 57 | -7,3 | 14,9 | 9,0 | -107 | -9,7 | 7,6 | 88,4% | 287,7% | -32,9% | 49,0% |
| 2. Animales | 108,7 | 272 | 20,4 | 17 | 82,7 | 216 | 15,2 | 13,7 | 23,9% | 20,6% | 25,5% | 19,4% |
| 3. Trigo | -35,2 | -255 | -8,4 | -1 | -38,9 | -282 | -9,2 | -1,1 | -10,5% | -10,6% | -9,5% | -10,0% |
| 4. Carne (total) | 32,7 | 124 | 11,7 | 8,2 | 24,7 | 92 | 9,0 | 5,9 | 24,5% | 25,8% | 23,1% | 28,0% |
| 5. Carne de vacuno | 6 | 20 | 2,4 | 0,9 | 5,3 | 17 | 2,1 | 0,8 | 11,7% | 15,0% | 12,5% | 11,1% |
| 6. Carne de pollo | 14,6 | 49 | 5,9 | 2,7 | 12,1 | 41 | 4,9 | 2,2 | 17,1% | 16,3% | 16,9% | 18,5% |
| 7. Carne de cerdo | 11,2 | 51 | 3 | 4,1 | 7,1 | 32 | 1,9 | 2,6 | 36,6% | 37,3% | 36,7% | 36,6% |
| 8. Leche | 60,7 | 98 | 5,1 | 5,2 | 45,6 | 79 | 3,8 | 4,1 | 24,9% | 19,4% | 25,5% | 21,2% |
| 9. Girasol | 4,4 | 107 | | 12,1 | 1,9 | 45 | | 5,1 | 56,8% | 57,9% | | 57,9% |
| (6+7+8+9)/ Aument | 39,4% | 47,9% | 60,6% | 69,1% | 41,9% | 42,5% | 64,6% | 58,1% | | | | |
| (6+7+8+9)/ Total | 48,8% | 93% | 106,9% | 75,3% | 73,2% | 191,7% | 125,9% | 22,3% | | | | |

Nota: los kgrs son por habitante y año, siendo el resto por habitante y día. Las proteínas y grasas aparecen en gramos. El penúltimo apartado recoge la suma de carne de pollo y cerdo, leche, y girasol sobre el total de los productos que aumentaron entre las dos fechas indicadas, mientras el último apartado pone esa misma suma en relación del incremento total, incluyendo también el efecto de los productos que cayeron. Fuente: elaboración propia a partir de las cifras del Balance Alimentario en Faostat.

3. El cambio alimenticio español en la perspectiva histórica del siglo XX.

Poniendo en perspectiva histórica las variaciones en la dieta española durante los últimos quince años del franquismo, conviene preguntarse qué sucedió con el consumo de alimentos superiores como los ganaderos en períodos anteriores. Al respecto, el primer tercio del siglo XX aparece como una etapa en la que, salvando las muy notables distancias en intensidad (Cuadro 5), los avances en renta per cápita y urbanización tuvieron asimismo un fuerte impacto sobre los hábitos alimenticios de los españoles.

El repaso que la historiografía ha hecho de la diversificación alimenticia en la España de esa época ha combinado una mención de sus progresos, mayor incorporación de carne y leche en la dieta, frente a una elasticidad renta negativa del cereal (Malembaum, cit., en Jiménez Blanco,

1986: 76), con los calificativos habituales de (dieta) “mediterránea” y “atrasada”, consecuencia principal del déficit acusado en proteínas animales y su reverso, la excesiva presencia de proteínas vegetales (Simpson, 1993: 244; García Barbancho, cit., en Jiménez Blanco, ibid., pp. 77-78).

En el caso concreto de la carne, los factores de demanda se suman a los de oferta como conclusión de los distintos trabajos, para aclarar por qué dicho alimento no creció más en dicho período. Desde la demanda, se acentúa primero un débil incremento en la renta per cápita, incapaz de tirar con mayor fuerza de consumos superiores como la carne en la medida en que limitaría las posibilidades reales de consumo de gran parte de la población. Añadidamente, la notable expansión urbana derivada, como en el desarrollismo, del éxodo rural a las ciudades se interpreta más como un factor retardatario que como un estímulo para el auge del consumo de carne. Dado que las rentas de los recién llegados a las ciudades quedaba por debajo del umbral precio de este alimento, la considerable afluencia de inmigrantes deprimió el consumo medio urbano de carne, sin que la evolución salarial mejorase significativamente esa situación⁴ (Gómez Mendoza-Simpson, 1988: 80; Pinilla, 1995: 403). Martínez López (2002) coincide en señalar la importancia retardataria del “efecto inmigrante” para el conjunto del país, encontrando paralelismos con lo sucedido en 1960, y enfatizando la concentración de la renta en las clases altas urbanas como una explicación del mayor avance de productos superiores como la ternera

De cualquier modo, el peso de la población rural en unos hábitos alimentarios todavía muy determinados por las disponibilidades agrarias locales y regionales, afectaba igualmente a los consumos urbanos (Gallego, 2001:170). Y es en este punto donde las razones de oferta hacen acto de presencia para explicar el débil avance de los consumos ganaderos en la España anterior a la guerra civil. Tomando como referencia el caso de Barcelona, Pujol encuentra la raíz del problema en una inadecuación de la oferta ganadera. Sostiene que lejos de las zonas ganaderas, la permanencia de la dieta tradicional contó con una facilidad para el suministro y conservación de bienes básicos de la que careció el abastecimiento de productos como la carne, sobre todo si tenía que ser barata y de cierta calidad (2003: 250-251). De forma similar, Simpson (1997: 259) achaca a las dificultades para desarrollar una oferta ganadera a gran escala el débil crecimiento en el consumo de carne allí donde la renta lo hacía posible (grandes ciudades). También el trabajo del GEHR confirma la rigidez de la oferta cárnica, dadas las exiguas posibilidades de los productores españoles para hacer frente a los incrementos en demanda consecuencia de la mejora en la renta. Aunque el impulso del consumo expandió la producción de carne, ésta se mostró finalmente insuficiente para atender los crecientes requerimientos de los consumidores (1979: 120-122). Por último, Martínez López habla también de una escasa adaptación de la oferta cárnica a la demanda, que afectó de forma negativa a sus precios y a su consumo, salvo en zonas de elevada densidad ganadera. Y es que, a diferencia del proceso de homogeneización alimenticia difundido desde los años sesenta, la mayor influencia de la oferta próxima determinó una diversidad de dietas, algunas de las cuales (norte de España) sí presentaban un importante consumo de productos ganaderos (Jiménez Blanco, p. 77).

Si fijamos nuestra atención en otro de los consumos “estrella” de los años sesenta y setenta, la leche, las razones de demanda y oferta vuelven a combinarse. A juicio de Domínguez, tras la dinámica expansiva del consumo lácteo en la España del primer tercio del siglo XX se encontró el crecimiento urbano⁵, pero también un intenso incremento de la producción láctea en el norte del país que indujo la expansión en el consumo durante los años veinte, hasta que la propia demanda puso techo al auge de ese producto (2003: 470-471). El desarrollo de un mercado con gran concurrencia de oferentes llevó a los productores y distribuidores de leche industrializada en las ciudades a tener que centrarse en estratos de renta elevada, o a desarrollar estrategias de

⁴ Aunque el avance en la capacidad adquisitiva sí les permitiera adquirir otro tipo de productos sustitutivos de la carne, tales como la leche, los huevos o el pescado (Gómez Mendoza y Simpson, pp. 77-78). Acerca del protagonismo del bacalao como elemento sustitutivo de proteínas ganaderas ver Jiménez Blanco, op., cit., p. 75.

⁵ La expansión urbana es asimismo el factor predominante en el aumento del consumo de leche en Barcelona, según señala Pujol, op., cit., p. 266.

restricción de la competencia para no perder cuota. No faltan tampoco aquí menciones a las dificultades que imponía una oferta básicamente local, estando muy concentrada la producción industrial española en su zona norte, lo que determinaba precios elevados en las vaquerías de las ciudades, además de una acusada estacionalidad en la demanda que apenas conseguía mitigar el escaso porcentaje de leche industrializada (Pinilla, 1995: 410; Domínguez, 2003: 480; Simpson, 1993: 259; Pujol, 2003: 268-269).

En definitiva, si el ascenso en el consumo de productos ganaderos durante el primer tercio del siglo XX no fue de más alcance, se debió en parte a un débil estímulo de la demanda, fruto del gran peso de la población rural, el fuerte componente inmigrante de la expansión urbana y la débil evolución salarial. A ello se sumaron desde el lado de la oferta notables insuficiencias en la producción, conservación, transporte y distribución de los alimentos ganaderos. Los ejemplos de las dos ciudades principales ponen de manifiesto que, incluso en situaciones de impulso de la demanda relativamente favorables, las limitaciones en la oferta ganadera condujeron a cuellos de botella en sus consumos. De ello se deduce que, si los problemas de abastecimiento no fueron mayores, fue en gran medida a causa de la debilidad de la demanda, restringiendo así el desfase de una oferta ganadera con escasa capacidad de desarrollo a gran escala.

En la etapa intermedia (desde el final de la Guerra Civil y hasta el Plan de Estabilización), el pobre comportamiento de los consumos ganaderos tendría diversas interpretaciones. García Barbancho considera que fue la escasez de ciertos productos durante la posguerra (carne, leche, grasas vegetales) la que, marginando de la dieta española esos consumos, desacostumbró a los españoles a ingerirlos ni siquiera cuando la situación económica mejoró (pp. 111-112). Resulta curioso que fueran precisamente esos mismos productos los actores del cambio alimentario inmediatamente posterior. Tomás García, por su parte, vinculó el estancamiento de los consumos ganaderos con los bajos ingresos de la población, tal que la debilidad de la demanda ocultó durante los años cincuenta los problemas de oferta de una cabaña ganadera que tardó mucho en recuperar las cifras de preguerra (p. 22). Nuevamente, el profundo cambio económico y social vivido por el país en el decenio siguiente variaría radicalmente el signo de estos efectos. De ahí quizá la importancia absoluta concedida al factor demanda tradicionalmente en la transformación de la dieta española.

Basta comparar las variables que mayor efecto pudieron tener sobre la demanda en las dos décadas de mayor crecimiento antes (años veinte) y después de la guerra (años sesenta), para calibrar la fuerza del tirón durante la etapa desarrollista (Cuadro 5). Si el crecimiento urbano y su reverso, el éxodo rural, fue mucho mayor en los años sesenta, a ello hay que sumarle además el haber trasladado definitivamente el peso demográfico a las ciudades⁶. A este respecto, el posible “efecto inmigrante” vino más que compensado entonces por el incremento espectacular de la renta per cápita, que incluyó prácticamente a todas las capas sociales (Cuadro 6).

Cuadro 6. Comparación entre distintas variables de demanda en España.

| Tasas anuales acumulativas (%) | | |
|---------------------------------------|------------------|------------------|
| | 1921-1930 | 1961-1970 |
| PIB per cápita | 1,76 | 11,8 |
| Migración interprovinc | 4,3 | 7,8 |
| Tasa urbaniz (+10000) | 2,05 | 2,66 |
| Tasa urbaniz (+25000) | 2,12 | 2,73 |

Fuente: PIB, elaboración propia a partir de Leandro Prados; Migración interprovincial, dato cedido por Javier Silvestre (elaborados a partir de Censos de Población); Tasas de urbanización, elaboración propia a partir de Anuario Estadístico de España, INE, 1984.

⁶ Si tomamos como ciudad aquellos municipios con más de 10.000 habitantes los porcentajes de población urbana serían de 38,7 para 1920 y 42,8 para 1930, mientras en 1960 ascenderían ya al 56,5 para situarse en 1970 en el 66 %.

No cabe duda de que la rotundidad del impulso dado al consumo de productos superiores como la carne por variables tales como la renta per cápita o la urbanización puso la pelota en el alero de la oferta, dado que a diferencia de etapas anteriores, las posibilidades adquisitivas de la población no enmascararon ya los problemas de adaptación de la producción ganadera. A tenor de lo sucedido ni siquiera la mala distribución de la renta española durante la década de 1960, fuertemente concentrada en los estratos más pudientes⁷, evitó graves desajustes de oferta en productos como la ternera. Sin embargo, la segmentación de consumos que impuso una renta tan concentrada facilitó el éxito masivo de algunos productos más baratos; al igual que sucediera en el primer tercio del siglo XX con el consumo de animales más pequeños, sólo que a mucha mayor escala, las producciones de pollo y cerdo aprovecharon gracias a sus menores precios el desvío del consumo desde los rumiantes, con ofertas mucho más rígidas, para una población con posibilidades adquisitivas crecientes.

La conclusión sería que la enorme fuerza de la demanda permitió al conjunto de los españoles alcanzar por primera vez en el desarrollismo el umbral de algunos productos superiores, antes mucho más minoritarios. Pero las posibilidades reales de elección por parte de los consumidores vinieron muy condicionadas por la existencia de unos productos que inundaron el mercado a precios asequibles, frente a otros que dada su mayor escasez siguieron revistiendo la característica de bienes de lujo⁸. El progreso en la renta modificó la cantidad de alimentos incluida en la dieta por grupos de los mismos (más carnes, menos cereales...), siguiendo la teoría agroalimentaria (Padilla y Thiombiano, 1992: 72); pero si esa cantidad era mayor o menor y, sobre todo, los productos particulares ingeridos (más o menos sustitutivos) dentro de cada grupo vinieron más influidos por otros factores, entre los que la composición de una oferta que hacía más asequibles y atractivos unos productos frente a otros tuvo mucho que ver.

4. La influencia de la oferta: evolución de la industria agroalimentaria española entre 1960 y 1975.

En la sociedad moderna, la capacidad de consumir, determinada a su vez por el poder adquisitivo de la población, se relaciona con los progresos técnicos en la industria alimentaria y el ritmo al que se transmiten sus innovaciones en el precio de los productos, variando preferencias y hábitos alimenticios (Padilla y Thiombiano, pp. 69-70, y 81-82). La transmisión al campo del consumo de las ganancias en productividad obtenidas por el sistema agroindustrial en forma de unos precios más reducidos, se combinaron con los aumentos sustanciales de renta vividos después de 1950 para determinar la llamada sociedad de consumo de masas. La agroindustria incrementó su valor añadido por encima del de la agricultura, al tiempo que la demanda de consumo tendía precisamente a centrarse cada vez más en productos con un mayor grado de transformación, y por tanto de valor añadido (Schultz, cit., en Peinado, 1985, p. 238). Por esta razón, los factores de oferta cobraron una mayor significación en el consumo dentro de los sistemas alimentarios de la llamada época dorada del capitalismo.

España no fue una excepción a este proceso, sino que además una serie de circunstancias resaltaron la creciente importancia de los costes de transformación y distribución de los productos en los precios de los distintos alimentos. En primer lugar, el sector alimentario se encontraba muy atrasado a finales de los años cincuenta respecto de su entorno europeo,

⁷ El análisis de la distribución de la renta entre los hogares españoles entre 1964 y 1974 realizado por Angel y Julio Alcaide en 1976 muestra cómo sólo el 25,6 % de los hogares españoles obtenía una renta igual o superior a la media en 1964. Este porcentaje descendería al 24,6 % en 1967 y aún más, hasta el 23,2 en 1970. Sólo en 1974 el crecimiento del estrato de renta media alta (entre 100 y 200 % respecto de la renta media) relajaría un tanto la concentración, dejándola la cifra en el 29 %. Cfr Peinado, 1985.

⁸ El estudio realizado por Soria, Delgado y Rodríguez del consumo de carnes en España (1978) entre 1958 y 1974 constata en efecto que la elasticidad precio de la ternera fue apreciablemente mayor (1,58) que la del porcino (0,98) y las aves de corral (1,08).

presentando un nivel tecnológico industrial bajo y un tamaño medio bastante reducido. Bien es cierto que el gran aumento en el nivel de vida de los españoles obligó a una modernización generalizada de las industrias alimentarias para adaptarse a las nuevas condiciones de la demanda, pero ese proceso evolucionó de manera muy diversa dependiendo del sector considerado. En concreto, las industrias relacionadas con los alimentos destacados en el apartado del consumo (cárnicas, aceites de semillas oleaginosas y derivados, lácteas y de sacrificio ganadero) fueron las que mayor incremento del valor añadido bruto experimentaron entre principios de los sesenta y principios/mediados de los setenta⁹. Por el contrario, las manufacturas de alimentos más tradicionales vieron crecer su valor añadido por debajo del incremento medio del que gozó el conjunto del sector agroalimentario (Cuadro 7). Todo ello se tradujo en un incremento de la productividad que, en el caso de las industrias del complejo pienso-ganadero repercutieron en unos menores costes y precios al consumo.

Cuadro 7. Evolución del valor añadido bruto en la industria alimentaria y distribución porcentual del total del mismo (en pesetas constantes de 1970).

| Evolución y distribución del VAB | | | | | | |
|---|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|
| | 1962 | 1971 | 1975 | 1962 | 1971 | 1975 |
| Industr cárnicas y grasas | 100 | 274,1 | 479,2 | 4,2% | 6,8% | 9,1% |
| Industrias derivad aceites | 100 | 217,2 | 407,7 | 4,4% | 5,6% | 8,1% |
| Indust lácteas y de helados | 100 | 307,9 | 385,1 | 5,4% | 9,7% | 9,7% |
| Sacrificio ganado | 100 | 244,7 | 344,6 | 4,4% | 6,3% | 6,9% |
| Piensos compuestos | 100 | 219,2 | 274,8 | 3,4% | 4,4% | 4,3% |
| Industria panadera | 100 | 178,4 | 242,4 | 12,2% | 12,9% | 13,5% |
| INDUST ALIMENTARIAS | 100 | 169,6 | 220,4 | | | |
| Industrias harineras | 100 | 130,4 | 162,6 | 4,7% | 3,6% | 3,4% |
| Industrias aceite oliva | 100 | 78,4 | 67,9 | 2% | 2,8% | 0,8% |
| Molinos de cereal-legum | 100 | 68,9 | 52,5 | 6,1% | 0,8% | 1,9% |

Fuente: elaboración propia a partir de los datos facilitados por Peinado, extraídos a su vez del Banco Bilbao, Renta Nacional.

Las cifras de producción (Cuadro 8) corroboran a los sectores más expansivos como los de mayor crecimiento durante el período analizado. Asimismo, confirman la evolución negativa de aquellas industrias que elaboraban productos con menor elasticidad renta, como era el caso de las harineras. Sin embargo, este comportamiento desfavorable no afectó a todas las industrias relacionadas con el cereal, puesto que algunas como las de galletas o piensos compuestos expandieron considerablemente su producción (Cuadro 8). A este respecto, Luis Germán señala la coincidencia del desfase entre el incremento de la capacidad molturadora y el descenso en la demanda de harinas como el factor principal del declive harinero, lo cual incide en considerar que el éxito de un sector no residía sólo en su mayor o menor capacidad industrial, sino en la posibilidad de innovar y diversificar su producción, mucho más si cabe en aquellos productos más castigados por el retroceso en la demanda.

⁹ Para evitar los problemas de la posible influencia de la crisis de los años setenta en los resultados finales se ofrece también el dato de 1971, en el que, si bien varía la clasificación de las industrias, el efecto es semejante.

Cuadro 8. Dinámica de la producción de algunas industrias alimentarias en España (valorada en pesetas constantes de 1970).

| Números índices | | | | | |
|---------------------------|-------------|-------------|-------------|-------------|-------------|
| | 1964 | 1967 | 1969 | 1971 | 1973 |
| Derivados del aceite | 100 | 132,4 | 192,4 | 228 | 284,2 |
| Lácteas y helados | 100 | 141,9 | 218,7 | 262,9 | 268,8 |
| Cárnicas y de grasas | 100 | 123,5 | 198,6 | 206,4 | 266,9 |
| Galletas | 100 | 128,8 | 146,8 | 160,7 | 182,1 |
| Piensos compuestos | 100 | 128,8 | 159,8 | 149,2 | 171,2 |
| TOTAL ALIMENTAC- | | | | | |
| BEB | 100 | 112,5 | 122 | 97,2 | 110 |
| Fábricas de harinas | 100 | 96,3 | 99,6 | 87,5 | 89,7 |
| Industria panadera | 100 | 95 | 93,9 | 84,7 | 80 |
| Aceite oliva y subproduct | 100 | 63,6 | 68,6 | 68,6 | 65,9 |

Fuente: elaboración propia a partir de los datos facilitados por Peinado, extraídos a su vez del Banco Bilbao, Renta Nacional.

La foto fija de los sectores industriales realizada a finales de los años sesenta de cara a poner en marcha el III Plan de Desarrollo también destacaría a los sectores implicados en el complejo pienso-ganadero por su elevada eficiencia productiva, siendo que las mayores dificultades se encontraban no tanto en el proceso de producción cuanto en el de abastecimiento de las materias primas necesarias (pp. 241-245).

Por tanto, si un rasgo esencial del nuevo sistema alimentario consistió en una creciente asunción por parte de la industria de más fases de la cadena productor agrario-consumidor (Friedman, 1991: 67), el ejemplo español pone de relieve la estrecha relación existente entre alimentos de consumo creciente e industrialización más exitosa. Las industrias triunfaron porque el estímulo de la demanda fue superior, impulsando la proliferación y expansión industrial, pero también porque estos sectores lograron una mayor rebaja en el coste por caloría producida, supieron diversificar productos y ofrecieron productos de más calidad, favoreciendo la sustitución de alimentos, tanto entre categorías de productos como dentro de una misma categoría.

El otro rasgo destacado de la historia alimentaria reciente es la internacionalización del sistema agroalimentario. El modelo agroindustrial se considera un modelo internacionalizado (Padilla y Thiombiano, pp.74-75), de modo que, tras la aparición de un consumo de masas equilibrado e integrado a nivel nacional, la realidad que subyace es una organización internacional de los factores y los mercados alimentarios (Friedman, 1991: 80). Este proceso, iniciado durante la segunda posguerra mundial, tuvo como principal puntal productivo la expansión del complejo pienso-ganadero, y en el consumo la difusión de patrones basados en la carne y la leche, destacando el papel de las multinacionales estadounidenses que difundieron su tecnología, genética y base alimenticia ganadera por Europa y Japón (Goodman y Redclift, 1991: 99 y 112).

En el caso español, la situación que presentaban las industrias alimentarias nacionales en el primer franquismo era un perfecto caldo de cultivo para la llegada de capitales extranjeros ante la perspectiva de un mercado con grandes perspectivas de futuro. La reducida dimensión industrial, las graves deficiencias tecnológicas y la escasa transformación de los productos en la empresa alimentaria española supuso una débil competencia para unas multinacionales que “*se convirtieron en las grandes industrias en un sector en el que no había grandes industrias*” (Cruz Roche, 1978: 113). Pero esa presencia no fue generalizada, sino que se restringió a aquellas industrias con mejores posibilidades (sobre todo lácteos, pastas alimenticias y fabricación de piensos), y en las que las multinacionales pasaron a ocupar los primeros puestos (Cruz Roche; Peinado, 1985 b). De todos modos, bien fuese directamente o mediante filiales españolas participadas por multinacionales extranjeras, los cuatro productos de crecimiento más

destacado en los años sesenta y primeros setenta, carne de pollo y de cerdo, leche y girasol, no sólo fueron sectores internacionalizados, sino que además se encuadran perfectamente dentro del complejo pienso-ganadero propio del sistema fordista. En este sentido, los cuatro cumplen el haber vivido una transformación industrial más intensa, y estar más vinculados al sistema agroalimentario transnacionalizado, razón por la que conviene dar un paso más allá y abordar estos subsectores por separado.

4.1. Análisis de las industrias alimentarias del pollo, cerdo, aceite de girasol y leche.

De los productos encuadrados en las industrias cárnicas, fueron sin duda las aves de corral y el porcino los grandes protagonistas del auge en el consumo de carne en España. Ambos formaron parte del complejo pienso-ganadero exportado a Europa por el capital norteamericano con la ayuda de su administración durante la segunda posguerra mundial, y que tendría un desarrollo particularmente intenso en el caso español tras los acuerdos España-Estados Unidos de 1953. El desarrollo de producciones intensivas de pollo y cerdo, financiadas y controladas por multinacionales del pienso, quienes establecieron contratos de integración vertical con explotaciones ganaderas, lograron producir carne a gran escala de cierta calidad y a precios asequibles, obteniendo las mayores cuotas de mercado. Sin duda, el factor tecnológico fue determinante para explicar su éxito, puesto que fueron las especies monogástricas las que presentaban un mejor coeficiente de conversión del pienso semillas oleaginosas-cereal en proteínas, sobre todo en comparación con los rumiantes. De esta manera, tecnología, base genética y base alimenticia importadas establecieron una estrecha vinculación en el desarrollo de las industrias del cerdo y el pollo, lo que explica también el papel central de las grandes empresas de piensos compuestos en el desarrollo de la ganadería industrial en España. Una vez puestas en funcionamiento la superioridad de una tecnología y unas especies caracterizadas por sus elevados rendimientos, se hicieron patentes en el mercado (Langreo, 1990, p. 195-196; Domínguez, 2001, p. 56; Segrelles, 1993: 134, 283 y 304).

La integración vertical de explotaciones ganaderas con grandes industrias del pienso se tradujo en economías de escala que se extendieron a lo largo de toda la cadena alimentaria. La mayor integración de aves de corral y porcino con mataderos modernos facilitó la transformación y comercialización de sus productos, frente a los rumiantes muy conectados todavía a los ineficientes mataderos municipales y dependientes en mucha mayor medida de los mayoristas para la distribución. Siendo la carne el producto que mayor distancia mostraba entre el precio a pie de fábrica y el precio del consumidor final (Titos Moreno, 1978: 227-229), la reducción de los márgenes fue un efecto añadido que abarató el precio del pollo y del cerdo frente al resto de especies. En una industria como la cárnica caracterizada todavía por importantes deficiencias estructurales (transporte, conservación...), los sectores del pollo y el cerdo situaron sus industrias y mataderos cerca de los grandes centros de consumo, concediéndoles ventajas adicionales en otros costes relacionados.

Todos los condicionantes señalados favorecieron la sustitución de carnes más habituales (vacuno, ovino) por las de porcino y aves de corral durante la década de 1960, agudizándose a partir de la crisis de los años setenta. Precisamente, el análisis realizado por Soria, Delgado y Rodríguez (1978) del consumo de carne en España entre 1959 y 1974 concluye que la justificación al distinto crecimiento de la carne de pollo y cerdo, frente a la de ternera (algo menor) tuvo que hallarse en el importante cambio tecnológico experimentado por las dos primeras. Esta mayor elección de las carnes de aves y porcino respecto de la de bovino, generalizada en occidente durante los años como ejemplo paradigmático del efecto sustitución entre alimentos (Padilla y Thiombiano, pp. 69-70), se cumplió sobradamente en el caso español en la medida en que la ganadería intensiva integrada verticalmente penetró aquí con mucha fuerza.

El pollo, máximo representante del modelo fordista de producción y consumo de alimentos (Goodman, 1991: 109), que, junto a la soja, integró el principal complejo pienso-ganadero desarrollado en los EEUU y exportado a Europa, tuvo una implantación espectacular en el caso español. La avicultura industrial, desarrollada primero en la producción de huevos durante los años cincuenta derivó en la década siguiente hacia la producción de pollos de engorde broiler,

variedad estadounidense pionera en la fórmula de la integración vertical entre ganaderos y grandes empresas del pienso. En un medio tradicionalmente dominado por la pequeña producción familiar, las industrias fueron integrando más y más partes de la cadena productor-consumidor hasta controlar todo el proceso ya en los años setenta¹⁰. Este proceso incluyó el control de los mataderos, de carácter privado, y los canales de distribución del producto, rebajando los costes de la comercialización, que sumar a la rebaja en los costes de producción dada la elevada productividad de esta industria. Todo ello hizo del pollo un producto de consumo masivo, si bien la capacidad productiva primó sobre la expansión de la demanda, generando excesos de oferta del que todavía saldrían más reforzadas las empresas más capitalizadas y el proceso de integración vertical, que progresó en el control también de la fase de crianza (Langreo, 1990, pp. 191, 195-197; Segrelles, 1993: 189, 284, 289, 405 y 414; Cajas de Ahorro, 1969: 136, 191-193).

El porcino fue uno de los primeros sectores en desarrollar una ganadería industrial intensiva con la aparición de cebaderos controlados asimismo por multinacionales del pienso e importación de la base genética. Pese a su crecimiento intenso ya en la segunda mitad de los años cincuenta, la integración vertical del porcino fue más tardía que la de las aves de corral. Diferencias importantes respecto del pollo como una menor presencia de multinacionales, su carácter más acusado de producción rural tradicional, una dependencia superior de cereales pienso (cebada), mayor virulencia de las epizootias, más una fuerte estacionalidad productiva, agravada por el conocido como “ciclo del cerdo¹¹”, explican que el porcentaje de explotaciones porcinas integradas creciese con menor intensidad. Finalmente, la mayor integración propiciada por la crisis del sector en torno a 1967 redundaría en una gran expansión productiva del porcino, apoyada por un crecimiento sustancial del suministro interior de cereales pienso. Además, el proceso vino precedido de una creciente utilización de mataderos industriales y generales frigoríficos como también ocurrió en el caso de las aves, facilitando su comercialización frente al de otras especies ganaderas (Domínguez, 2001: 57, 60-61; Langreo, 1990: 108-109; Segrelles, 1993: 114,136, 285 y 289; Iresco, 1974: 11-12 y 46-47)

Pero la aplicación española del complejo pienso-ganadero internacional no sólo explica el auge diferencial de los productos ganadero intensivos, sino también lo sucedido con los aceites vegetales. Los acuerdos establecidos con EEUU en 1953, puerta de entrada para dicho complejo en España, se tradujeron en fuertes importaciones de soja que, si en un primer momento se entendían como una forma de suministrar aceites baratos, pronto se vincularían intensamente al desarrollo de la ganadería intensiva. El vertiginoso desarrollo de la carne de pollo y cerdo desde comienzos de los sesenta corrió paralelo al auge de una industria molturadora de semillas oleaginosas con gran capacidad de proveer los piensos necesarios. Este sector estuvo muy participado desde sus inicios por multinacionales norteamericanas que se introdujeron con fuerza en España no sólo por sus gozar de un mercado en expansión, sino por contar con una serie de ventajas institucionales que facilitaban el desarrollo del negocio (cfr. Cruz Roche, 1978: 129; Viladomiu, 1985: 151,161-168; Tió, 1982: 197 y 217).

La fortísima expansión de la producción de pollo (y en menor medida de cerdo) incrementó tanto las necesidades de semillas oleaginosas que las grandes industrias molturadoras comenzaron a emplear cantidades crecientes de girasol que, a diferencia de la soja, contaba con una producción interior cada vez más importante. El informe de la FAO de 1966 ya advertía la necesidad de desarrollar alternativas a la soja dado el aumento esperado en la demanda de carne en España. Pero la realidad desbordó las previsiones y el tirón de la demanda cárnica expandió tanto la producción de aceites de semillas que desequilibró todo el mercado oleícola español (Tió, 1982: 219). El “mar de aceite” generado por un exceso de oferta encontró además una cierta saturación del consumo de aceite a principios de los años setenta, situación que perjudicó

¹⁰ La producción de huevos no experimentó un grado de integración relevante. La fuerte elasticidad precio del producto habría desincentivado a las industrias a asumir riesgos tan elevados, proliferando la constitución de cooperativas (Domínguez, 2001)

¹¹ Para una explicación detallada del ciclo del cerdo, así como su incidencia en la marcha del sector porcino español durante el franquismo cfr Caldentey, 1980.

sobremano al olivar. La presión de los olivares logró la liberalización de su producto, redundando en una fuerte subida en precios, a la que se sumó un incremento también apreciable del precio del aceite de soja en 1973, consecuencia de una menor importación de haba por parte de las industrias molidoras en un contexto internacional desfavorable (embargo norteamericano de la soja). Todo esto favoreció de manera muy especial al aceite de girasol cuyos precios, bastante más asequibles que los de del de oliva, se mantuvieron estables entre principios y mediados de los años setenta, etapa, según vimos, de su mayor repercusión en la dieta de los españoles (Viladomiu, 1985: 169-174; Tió, 1982: 207, 210 y 237; Zambrana, 2000: 31-33).

La soja primero y el girasol después ejemplifican el éxito de producciones modernas con tecnología industrial avanzada que permitió obtener productos de calidad y a bajo coste. La inserción creciente de estos productos en los hábitos de consumo de los españoles, desmintió la afirmación anterior de Barbancho según la cual los españoles mostraban una “*resistencia a consumir aceites vegetales distintos del de oliva*” (1960: 75). Como indica Tió, cuando la población española pudo elegir, las preferencias por el aceite de oliva quedaron muy matizadas y su consumo se resintió (1982: 220).

Por último, la leche, otro de los grandes protagonistas en la dieta española de los años sesenta y setenta, presenta similitudes importantes con las producciones anteriores. Por un lado, la presencia del capital extranjero ha sido tradicionalmente muy relevante, tendencia que continuaría y se acentuaría en la etapa mencionada de modo que, a la altura de comienzos de los años setenta, las industrias participadas mayoritariamente por capital extranjero copaban los primeros puestos del sector, siendo que otras que eran consideradas como nacionales no eran sino filiales de multinacionales extranjeras. Por otro, como sucediera con las industrias avícola y porcina, la tecnología y la base genética desempeñaron un papel esencial en la expansión del sector, mientras la base alimenticia gozo asimismo de relevancia, si bien en un grado inferior al de los casos reseñados (Cruz Roche, 1978:161-163; Domínguez, 2003: 62). El uso de técnicas avanzadas para la higienización de la leche precisó de inversiones de capital elevadas que permitían exprimir al máximo las economías de escala. Ello fue parte de un proceso en el que la difusión de razas extranjeras exigió la puesta en marcha modelos ganaderos semi-intensivos, en los que parte del proceso se estabulaba requiriendo piensos compuestos complementarios a la alimentación extensiva, de suma importancia para lograr rendimientos elevados. Así, la base genética acabó generando también en la industria láctea una cierta dependencia respecto de las empresas suministradoras de piensos (Domínguez, 2003, pp. 457-58 y 462; Cajas de Ahorro, 1969: 47; Soria, Rodríguez y Ruiz, 1980, pp. 183-184)

La actuación administrativa favoreció la hegemonía de la leche líquida higienizada durante los años sesenta, imponiéndose con rapidez al resto de leches industrializadas. Se estimuló la producción vía precios, lo que condujo a la aparición de excedentes ya en los años sesenta, repitiendo el esquema de los otros productos tratados; ello no redujo empero la capacidad productiva del sector, sino que la expansión de la oferta siguió creciendo en décadas posteriores¹². Finalmente, las centrales lecheras, también promocionadas por la administración franquista, tendieron a emplazarse cerca de los centros de consumo, dada la corta vida del producto, siguiendo el modelo de las industrias cárnica del cerdo y el pollo (Domínguez, 2003, pp. 487-490, 2001, p. 63).

En conclusión, puede decirse que las cuatro industrias relacionadas con los consumos más exitosos de los años sesenta y primeros setenta se caracterizaron por una serie de patrones comunes que les confirieron ventajas para su mayor expansión en el mercado frente a otro tipo de productos. El uso de una tecnología industrial avanzada, traída del exterior, la disponibilidad de una base genética y alimenticia, también importadas, cuyo objetivo era lograr los mejores rendimientos, y el apoyo de capitales pertenecientes a grandes multinacionales en conexión más o menos directa con productores agrarios e industriales de la alimentación españoles, se tradujeron en productos más baratos, de buena calidad y adaptados a satisfacer las exigencias de

¹² Domínguez señala que España era considerada la primera industria láctea mundial a la altura de la entrada de España en la CEE (2003, p. 457).

la demanda en mayor medida que otros sectores y productos que no gozaron de estas condiciones o lo hicieron en un grado bastante inferior.

5. El peso de la variable institucional en los cambios agroalimentarios.

Una de las cuestiones más relevantes que restan por analizar es el papel que tuvo lo institucional en el cambio alimentario español, en especial la intervención administrativa por parte del régimen franquista. A lo largo del texto se ha destacado la importancia que tuvo en la transformación agroalimentaria española de los años sesenta y primeros setenta la llamada “variable internacional”, esto es, la importación de tecnología, base genética y alimenticia. Los teóricos agroalimentarios consideran esta variable como externa al sistema, siendo muy dependiente de las políticas económicas emprendidas, y por tanto del poder político, así como de las diversas fuerzas que en él influyen. En este sentido, el manejo institucional de la “variable internacional “ no es un asunto menor, por cuanto es capaz de influir en el consumo, creando incluso hábitos alimentarios nuevos, al tiempo que sitúan al país en una posición de dependencia alimentaria respecto del exterior (Padilla y Thiombiano, 1992: 84).

España siguió el ejemplo de otros muchos países de Europa occidental y Japón durante la segunda posguerra mundial, acogiendo el llamado modelo fordista agroalimentario, con fuerte presencia de capital transnacional norteamericano. En cualquier caso, la recepción en España de dicho modelo fue muy intensa, dada la débil posición de la industria alimentaria interior, pero sobre todo a consecuencia de las ventajas administrativas con las que contó el capital extranjero para instalarse en España. No necesitando de autorización gubernamental más que aquellas inversiones de capital foráneo superiores al 50 por cien del total, se facilitó una fuerte penetración de las multinacionales en el sector alimentario español (Cruz Roche, 1978: 97-99, 111-112, y citando a Campos Nordman, 125-126). El propio proceso integrador contó con muchas facilidades en España, ya que la legislación no entró a regular los contratos de integración (como por ejemplo sí sucedió en Francia desde 1964), lo que otorgó poder a las grandes empresas para imponer sus condiciones y controlar así la producción, los precios y el mercado (Segrelles, 1993: 291, 318-321).

Por su relevancia, tanto a nivel nacional como internacional, el desarrollo del complejo pienso-ganadero en su máxima expresión, el entramado soja-aviar, resulta muy esclarecedor de la influencia institucional en la implantación del modelo fordista. A mediados de los cincuenta las aves de corral gozaban de una presencia exigua en la dieta española, mientras las importaciones de cualquier tipo de pienso, entre ellos la soja o el maíz, estaban prácticamente prohibidas, de manera que cuando en 1957 se reguló la fabricación de piensos, estos procedían por entero de materias primas interiores. Ya por aquel entonces, y merced a los acuerdos de cooperación firmados con los EEUU en 1953, llegaban a España fuertes excedentes de aceite de soja (y de maíz) americanos, canalizados por empresas multinacionales de aquel país. También en esa época, e impulsadas por el propio ministro de agricultura Cavestany comenzaron las importaciones genéticas de aviar, que serían emprendidas por particulares sin ningún tipo de control por parte de la administración franquista. En estas condiciones, desde 1960 se sucedieron una serie de medidas que facilitaron la rápida expansión del complejo soja-(maíz)-aviar en España. Primero, ese mismo año se redujeron los aranceles para la importación de productos agropecuarios, favoreciendo la llegada tanto de soja, de maíz, como de genética animal. En 1962 se iría un paso más allá con la liberalización de las importaciones de soja, seguidas por la liberalización del sector molturador de aceites un año más tarde, con el pretexto de poder transformar el producto en el interior, mejorando la balanza comercial y obteniendo un mayor valor añadido. Se pasó por tanto de importar aceite a haba de soja en unas condiciones arancelarias favorables respecto a otros productos semejantes, importación que quedó prácticamente reservada a las empresas molturadoras. Y a ello hay que añadir un factor diferencial que impulsaría la inversión molturadora multinacional en España: la garantía administrativa de la compra de todo el aceite molturado a los precios mundiales, algo con lo que no contaban las industrias de piensos en otros países (Langreo, 1990: 15 y 81; Saraza, 1968, p. 75; Segrelles, 1993: 154, 168-169, 283, y 291; Viladomiu, 1985: 160, 162, 165-166 y 168). El

resultado de todas estas facilidades institucionales fue una importancia decisiva de las industrias suministradoras de piensos en el desarrollo a gran escala de la ganadería intensiva, sobre todo la avícola, repercutiendo con intensidad en el consumo de los españoles. El siguiente cuadro da una idea del mayor grado de dependencia establecido con el complejo de la soja por parte de España, respecto de otros países cercanos, al menos en lo que a la alimentación del aviar se refiere.

Cuadro 9. Cantidad de semillas de soja importadas en la producción aviar.

| Kgrs importados de semilla de soja / Kgrs de pollo producido | | | | |
|---|----------------|----------------|----------------|----------------|
| | 1961-62 | 1964-65 | 1968-69 | 1971-72 |
| España | 1,78 | 0,92 | 2,65 | 2,66 |
| Portugal | 0,00 | 0,00 | 0,20 | 0,68 |
| Italia | 0,95 | 0,82 | 1,08 | 1,23 |
| Francia | 0,21 | 0,24 | 0,10 | 0,69 |

Fuente: elaboración propia a partir de datos de Faostat.

Este mayor grado de dependencia de la ganadería intensiva española respecto del suministro obtenido de las importaciones no sólo comenzó a pesar negativamente sobre su balanza comercial, sino que restringía el crecimiento de la oferta de carnes baratas en la medida en que los precios mundiales de materias como la soja se encarecían. Dados los problemas que todavía presentaban a mediados de los sesenta la producción interior de carne de rumiantes extensiva y difícil de industrializar, en un entorno de demanda cárnica creciente, la solución para satisfacer las necesidades de proteínas animales de la población española pasaba por seguir desviando consumo hacia las carnes más baratas. Esa fue entre otras la previsión del informe de la FAO de 1966, el cual proponía en el caso del porcino y el aviar una aportación adicional de piensos producidos en el interior que redujese los costes en la alimentación animal (60 % del total); para ello la principal vía propuesta era la sustitución de trigo por cebada mediante una política de precios menos incentivadora del primero que estimulase la sustitución entre cereales (FAO, 1966, pp. 198-202, y 206-207). En este sentido, la actuación de la administración franquista, que tan ferozmente había sostenido una política triguera reservada para el abastecimiento humano, varió radicalmente su postura congelando los precios oficiales del trigo entre 1967 y 1971, lo que propició un fuerte crecimiento de la superficie y la producción de cebada, llegando incluso a superar a la de trigo ya en la primera mitad de los sesenta. Esta transformación afectó positivamente a la producción de porcino debido al buen coeficiente de transformación de cebada en proteínas que presenta el cerdo (Iresco, 1974: 205). En cualquier caso, la producción interior de cereales pienso siguió siendo insuficiente, por lo que crecieron espectacularmente las importaciones de maíz y otros cereales menores como el sorgo para satisfacer las necesidades del modelo de ganadería industrial implantado velozmente en España. Quizá, lo más llamativo de la actuación institucional del régimen en el campo del cereal fue el cambio drástico de su política agraria, muy protectora con el trigo, para garantizar el correcto desarrollo de la ganadería intensiva (Francisco García, 1998: 149-150).

Otro de los cambios propiciados por el informe de la FAO sería el impulso a la producción interior de semillas oleaginosas, siendo el girasol el principal beneficiario, quien ya contaba a mediados de los sesenta con experiencias pioneras interesantes. Aunque las importaciones de haba de soja no dejaron de crecer en todo el período y siguieron siendo muy relevantes, la liberalización del comercio interior de semillas oleaginosas, se unió en 1971 a un plan de fomento que subvencionó la producción para completar así las necesidades de piensos. En la medida en que las empresas molturadoras ya venían utilizando el girasol en sustitución de la soja, cuando el precio de ésta se incrementaba (Tió, 1982: 210; Segrelles, 1993: 150), el cambio no fue dificultoso. De esta manera, la expansión del girasol se encontraría muy ligada a la producción de aviar, pasando de 350 mil toneladas en 1968 a 630 mil en 1975. Todo ello sin olvidar que la fuerte expansión del girasol también se tradujo en una producción de aceite para

consumo humano que ocupó un lugar relevante en el impulso en las calorías y grasas de la primera mitad de los años sesenta.

Por lo tanto, la administración franquista no sólo abrió las puertas a las importaciones de tecnología y materias primas necesarias para el desarrollo en España del complejo pienso-ganadero intensivo dependiente de capitales y factores extranjeros, cuya implantación facilitó legalmente, sino que también promovió, cuando la ocasión lo requirió, medidas para fomentar las producciones internas relacionadas con dicho complejo, aunque para ello tuviese que romper con su política anterior (de protección del trigo y del aceite de oliva, sin ir más lejos). La cebada y el girasol serían los máximos exponentes de este último tipo de actuaciones. En ningún caso debe interpretarse esto como una apuesta exclusiva por esta vía, abandonando otra clase de alternativas, ya que las políticas de fomento de cabañas extensivas o semi-intensivas como el vacuno se sucedieron durante esta época, pero no cabe duda de la plena facilitación por parte del régimen franquista de un modelo ganadero como el fordista, capaz de solventar con rapidez el fuerte desajuste de la oferta ganadera respecto del enorme incremento de su demanda.

Cabría preguntarse cuál fue el papel de los sectores afectados por todos los cambios producidos en el sistema agroalimentario español. En primer lugar, los ganaderos tradicionales que tanto expresaran su malestar por la situación de la ganadería durante los años cincuenta (Tomás García, p. 21), no se opusieron sin embargo a la introducción de los sistemas intensivos, ya que les permitió participar de ciertas fases del mismo (engorde), mientras las producciones extensivas seguían resultando negocios rentables en la medida en que la demanda estaba siempre por encima de la oferta (Viladomiu, 1985: 165), y siempre y cuando el régimen no se viese obligado a importar carne de vacuno (ovino no se importaba), deteriorando sus precios.

La escasez de piensos llevó a las multinacionales y a los propios ganaderos a presionar para el abandono de la política de protección al trigo (Francisco García, 1998: 149). Pero esta medida tampoco generó una oposición significada por parte de los productores trigueros, gracias a que sustituir su producción por cebada no presentaba excesivas dificultades y el cereal pienso presentaba una mayor viabilidad frente al alimento en un contexto de precios de mercado crecientes en el primer caso y decrecientes en el segundo.

Finalmente, los productores de aceite de oliva entendieron la entrada en el mercado español de aceites baratos (soja primero y el girasol después) como un medio de aliviar su presión interior de ser el aceite destinado a abastecer a los españoles, pudiendo tener así una mayor proyección exterior y a precios superiores no intervenidos. Por esta razón no sólo no se opusieron sino que apoyaron las medidas tomadas por el gobierno (Viladomiu, 1985: 161).

Así pues, la conclusión ha de ser que los grupos de presión que pudieron haber incidido en sentido opuesto al de las políticas emprendidas, salieron o entendieron que salían beneficiados con las mismas, siendo un refuerzo más para llevar a cabo las mismas.

En definitiva, la conclusión sería que la variable institucional, concretada en la actuación política y legislativa de la administración franquista, tuvo un peso muy apreciable en la implantación rápida e intensa de unos determinados sectores alimentarios. Al igual que la mayoría de los países de Europa occidental, e inclusive la propia Comunidad Europea, que se vieron afectadas por la llegada del modelo fordista norteamericano¹³, España presentó una serie de ventajas diferenciales para estos sectores, que sumaron a los acuerdos bilaterales, una legislación muy permisiva, una mayor seguridad en el negocio y un sector de las industrias alimentarias todavía poco desarrollado. La pregunta que emerge a este respecto es si dicha estrategia resultó acertada o en todo caso si había alternativas reales a lo que se hizo.

6. Conclusiones. ¿Soberanía del consumidor o soberanía del productor?

La variación experimentada por la dieta española en los años sesenta y primeros setenta del siglo XX muestra una serie de peculiaridades que encuentran su razón de ser en toda una serie de factores diferenciales propios del caso español. El intenso crecimiento económico vivido

¹³ La puesta en marcha de la PAC supuso una protección del trigo de los países comunitarios que a cambio implicó la apertura del mercado europeo a la soja norteamericana (cfr. Berlan, 1991).

durante la década de 1960 supuso una fuerte expansión de las posibilidades de consumo de los españoles que en el campo de la alimentación se tradujeron en volver la vista hacia productos de mayor elasticidad renta y grado de transformación. Así, el impulso de la demanda constituyó una condición necesaria para que semejante cambio en la dieta tuviese lugar. Sin embargo, y a la luz de lo sucedido en el interior de la misma, la determinación de los alimentos concretos que disfrutaron de una mayor expansión del consumo estuvo muy relacionado con factores de oferta. La implantación en España del complejo pienso-ganadero internacional en un medio agroindustrial tan poco desarrollado como el español allá por 1960 y con las ventajas institucionales otorgadas al mismo, supuso poder satisfacer mejor con sus productos las necesidades tanto en precios como en calidad de una población que demandaba otra clase de alimentos acorde con su nueva posición.

La intensidad del crecimiento del consumo de pollo, especialmente, seguido por la carne de cerdo y la leche, así como la presencia de grasas vegetales distintas a las tradicionalmente consumidas, hacen del caso español uno de los mejores ejemplos de la penetración del llamado modelo fordista de consumo en el cual mejores salarios y menores precios (consecuencia de sectores industriales más productivos) se combinaron para determinar nuevas pautas alimenticias en las que la fuerte ingestión de proteínas animales fue su rasgo más distintivo. Que ello sucediera de forma tan rápida e intensa en el caso español, haciendo surgir de la nada alimentos que apenas sí existían en su dieta (pollo, aceite de girasol) para convertirlos en piezas importantes del modelo nutricional, no fue desde luego algo casual, sino producto de la confrontación entre un sistema agroalimentario muy avanzado y otro más tradicional (en el que por ejemplo se incluirían además de los productos más propiamente mediterráneos, las ganaderías extensivas) con serias dificultades para poder competir. Perfectamente articulado como una cadena agroindustrial que gozaba de ventajas en todas las fases (suministro de factores, transformación agroindustrial, distribución y comercialización), los sectores mencionados, con elevada presencia de capital extranjero, encontraron en el mercado español unas perspectivas de negocio inclusive superiores a las de naciones más desarrolladas. Necesariamente ello se tradujo en una alteración de los patrones habituales de consumo alimentario en España también más intensos.

En el caso concreto de los productos ganaderos, la perspectiva del muy largo plazo permite apreciar las dificultades que presentaba la mayor parte del territorio español para el desarrollo a gran escala de una ganadería extensiva capaz de hacer frente, sin ayuda de importaciones cuantiosas, a incrementos de demanda como los vividos en los años sesenta. Al respecto, el modelo fordista aportó una solución rápida al grave desajuste entre la oferta y la demanda planteado en España, aportando carnes baratas con las que alimentar a la población. Además en la medida en que el proceso fue implicando beneficios para otros sectores relacionados (cereales pienso, girasol) y fueron surgiendo también empresas y cooperativas españolas que aprovecharon el mercado generado por estos sectores, el desarrollo de este modelo no generó inconvenientes reseñables a la economía española, si exceptuamos, claro está, el empeoramiento de su balanza comercial a consecuencia del auge de ciertas importaciones.

En conclusión, la afirmación tradicional que considera la reestructuración de la dieta española en el franquismo como una consecuencia directa del progreso en la renta y en la urbanización (fundamentalmente), es tanto más cierta cuando observamos lo sucedido a grandes rasgos, y tanto menor cuanto más descendemos en los agentes particulares de dicho cambio. Sin duda, los consumidores españoles disfrutaron de mayores posibilidades de compra, sustituyendo productos tradicionales y poco elaborados por otra clase de alimentos superiores y más transformados; pero la elección de los productos concretos vino muy condicionada por la nueva realidad de un sistema agroalimentario como el español que se vio invadido (con la anuencia administrativa e inclusive de posibles sectores agrarios afectados) por otro modelo con una capacidad muy superior a la suya. Hasta qué punto permite la situación vivida en España hablar de una soberanía del consumidor, se ha de quedar en haber exigido de su economía una respuesta a necesidades diferentes; pero la satisfacción concreta de las mismas e incluso el grado en que se realizó tuvo detrás a unos sectores muy potentes que buscaban colocar sus productos en mercados con condiciones económicas e institucionales favorables a sus pretensiones. Por eso, en buena medida la relación entre el cambio alimenticio y el desarrollo

agroindustrial en España, con la actuación institucional de por medio, ejemplifica la importancia de las decisiones tomadas por los productores a la hora de determinar qué consumían los ciudadanos, pieza fundamental del entramado agroalimentario fordista en el cual la libertad del consumidor se ha puesto en seria cuestión.

Bibliografía citada.

ARDURA CALLEJA, M. L. (1973): “La población española: especial referencia a la población activa” en FRAGA et ali: La España de los 70, Madrid, Moneda y Crédito, pp. 95-186.

BANCO MUNDIAL Y F.A.O.: El desarrollo de la agricultura en España, Informe del Banco Mundial y la F.A.O., Ministerio de Hacienda, Servicio de Publicaciones, Madrid, 1966.

BERLAN, J. P. (1991): “The historical roots of the present agricultural crisis”, en FRIEDLAND, W.H. et altri (eds.) (1991): Towards a New Political Economy of Agriculture. Oxford, Westview Press.

CALDENTEY ALBERT, P. (1980): “El ciclo del cerdo en España en el período 1959-1977”, Agricultura y Sociedad, nº 14, pp. 127-163.

CAMILLERI LAPEYRE, A. (1968): La demanda de carnes y huevos en España, Revista de Estudios Agrosociales, nº 65, pp. 25-34.

CONFEDERACIÓN ESPAÑOLA DE CAJAS DE AHORRO: La demanda de productos agropecuarios, Ed. Confeder. Española de Cajas de Ahorro, Madrid, 1969.

CRUZ ROCHE, P. (1978): “Penetración de la empresa multinacional en la industria y el comercio alimentarios”, Agricultura y Sociedad, nº 9, pp. 97-149.

DOMÍNGUEZ MARTÍN, R. (2001): “Las transformaciones del sector ganadero en España (1940-1985)”, Ager, nº 1, pp. 47-84.

DOMÍNGUEZ MARTÍN, R. (2003): “La industria láctea en España, 1830-1985”, en BARCIELA, C., y Di VITTORIO, A. (eds): Las industrias agroalimentarias en Italia y España durante los siglos XIX y XX, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, pp. 457-498.

FRIEDMAN, H. (1991): “Changes in the International Division of labor: Agri-food Complexes and export agriculture”, en FRIEDLAND, W.H. et altri (eds.) (1991): Towards a New Political Economy of Agriculture. Oxford, Westview Press

GALLEGO MARTÍNEZ, D. (2001): “Historia de un desarrollo pausado: integración mercantil y transformaciones productivas de la agricultura española (1800-1936), en PUJOL, J., et ali. El pozo de todos los males, Barcelona, Crítica, pp. 147-214.

GARCÍA BARBANCHO, A. (1960): “Análisis de la alimentación española”. Anales de Economía, nº 66, vol. XVIII, pp.73-120.

GARCÍA GARCÍA, T. (JUAN GÓMEZ) [1957]: La evolución de la cuestión agraria bajo el franquismo, edición revisada por LANGREO, A. y SUMPSI, J.M. (1993), Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación.

GARCÍA PASCUAL, F. (1998): La ganadería en Cataluña, Lérida, Milenio.

GERMAN ZUBERO, L. (2002): “Harinas de Aragón. Siglo y medio de especialización trigo-harinero en Aragón, 1845-2000”, Historia Agraria, nº 26, pp. 69-104.

GÓMEZ MENDOZA, A. y SIMPSON, J. (1988): “El consumo de carne en Madrid durante el primer tercio del siglo XX”, Moneda y Crédito, septiembre, pp. 57-91.

GOODMAN, D. y REDCLIFT, M. (1991): Refashioning Nature, Food, Ecology and Culture. Londres y Nueva York, Routledge.

GRUPO DE ESTUDIOS DE HISTORIA RURAL (GEHR) (1978-79): “Contribución al análisis histórico de la ganadería española, 1865-1929”, Agricultura y Sociedad, nº 8 y nº 10, pp. 129-182 y pp. 105-169.

GRIGG, D. (1995): “The nutritional transition in Western Europe”. Journal of Historical Geography, nº 21, pp. 247-261.

INSTITUTO NACIONAL DE ESTADÍSTICA (1985): Población de los actuales términos municipales, 1900-1981, Madrid, INE

- IRESO (Instituto de Reforma de las Estructuras Comerciales) (1977): Comercialización de la carne, Madrid, Colección Estudios IRESO.
- JIMÉNEZ BLANCO, I. (1986): "Introducción" a Historia agraria de la España contemporánea. 3. El fin de la agricultura tradicional (1900-1960), GARRABOU, R., BARCIELA, C., y JIMÉNEZ BLANCO, I., eds. Barcelona, Crítica, pp. 72-82.
- KLOPPENBURG, J. R. (1988): First the seed. The political economy of plant biotechnology, 1492-2000. Cambridge, Cambridge U.P.
- LAMARTINE YATES, P. (1960): Food, Land and Manpower in Western Europe, Londres, MacMillan, cap. 2, "What the people eat", pp. 19-50.
- LANGREO NAVARRO, A. (1978): "Análisis de la integración vertical en España", Agricultura y Sociedad, nº 9, pp. 37-41.
- LANGREO NAVARRO, A. (1990): El ganado porcino y las casas de piensos en la Comunidad Valenciana. Sus fórmulas de coordinación y su desarrollo histórico, Valencia, Generalitat Valenciana, Conselleria d'Agricultura i Pesca.
- MALEMBBAUM, W., (1953): The world wheat economic, 1885-1939, Massachussets.
- MARTÍNEZ LÓPEZ, A. (2002): El consumo de carne en las ciudades españolas, 1891-1935, IX Simposio de Historia Económica, Barcelona.
- MORENO, L.A., SARRIÁ, A., y POPKIN, B.M. (2002): "The nutrition transition in Spain: a European Mediterranean country". European Journal of Clinical Nutrition, nº 56, pp. 992-1003.
- PADILLA, M., y THIOMBIANO, T. (1992): "Consumo e domanda alimentari" en MALASSISS, L., y GHERSI, G. (coord.): Introduzione all'economia agroalimentare, Bologna, Il Mulino, pp. 17-96.
- PEINADO GRACIA, M. L. (1985): El consumo y la industria alimentaria en España: evolución, problemática y penetración del capital extranjero a partir de 1960, Madrid, MAPA.
- PEINADO GRACIA, M. L. (1985 bis): "Tamaño de la industria alimentaria y participación de las multinacionales en el sector", Agricultura y Sociedad, nº 34.
- PINILLA NAVARRO, V. (1995): Entre la inercia y el cambio. El sector agrario aragonés, 1850-1935, Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Secretaría General Técnica, serie Estudios, nº 96.
- PRADOS De La ESCOSURA, L. (2003): El progreso económico de España (1850-2000), Madrid, Fundación BBVA.
- PUJOL, J. (2003): "Sobre los orígenes de la industrialización en el sector alimentario: Cataluña, 1800-1935" en BARCIELA, C., y Di VITTORIO, A. (eds): Las industrias agroalimentarias en Italia y España durante los siglos XIX y XX, Alicante, Publicaciones de la Universidad de Alicante, pp. 245-278.
- SEGRELLES SERRANO, J. A. (1993): La ganadería avícola y porcina en España. Del aprovechamiento tradicional al industrializado, Alicante, Universidad de Alicante.
- SIMPSON, J. (1997): La agricultura española (1765-1965): la larga siesta, Madrid, Alianza.
- SORIA GUTIÉRREZ, R., RODRÍGUEZ ZÚÑIGA, M., y RUIZ HUERTA, J. (1978): "El consumo de carnes en España. Un análisis por series cronológicas", Revista de Estudios Agrosociales, nº 97, pp.
- SORIA GUTIÉRREZ, R., RODRÍGUEZ ZÚÑIGA, M., y RUIZ HUERTA, J. (1980): "El desarrollo ganadero español: un modelo dependiente y desequilibrado", Agricultura y Sociedad, nº 14, pp. 165-194.
- TIO, C. (1982): La política de aceites comestibles en la España del siglo XX. Madrid, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Secretaría General Técnica, serie Estudios.
- TITOS MORENO, A. (1978): "Márgenes de industrialización y distribución de productos agroalimentarios", Agricultura y Sociedad, nº 9, pp. 187-205.
- VILADOMIU i CANELA, L. (1985): "La inserción de España en el complejo soja mundial", Agricultura y Sociedad, nº 34, pp. 151-177.
- ZAMBRANA PINEDA, J. F. (2000): "De grasa industrial a producto de mantel. Transformaciones y cambios en el sector oleícola español: 1830-1986", Revista de Historia Industrial, nº 18, pp. 13-38.